

# Rafael Barret

Allá, hace unos cuantos meses, cuando comencé a aparecer en uno de los diarios de la Capital y con el título "Moralidades actuales" unos artículos firmados por un tal R. B., se produjo algo así como un momento de estupor, de ese estupor que producen siempre las sorpresas. Los entendidos saborearon, paladearon mejor dicho, aquellos platos sabrosos que les servía casi á diario el desconocido colaborador, y exclamaron golpeándose el pecho— ¡Ah! ¡Esto sí que es bueno!

Los no entendidos, la muchedumbre lectora de la crónica policial de los diarios, al oír lo que decían los entendidos, quiso también darse, como en todos los casos, importancia crítica y tomó gedeonescamente la hoja impresa y comensó á leer lo escrito por R. B. Pero aquello era tan audaz, tan bello, tan luminoso, que los no entendidos, aunque no entendieran lo que decía el misterioso escritor, exclamaron á coro: ¡Ah! ¡Esto sí que es bueno!

Y de esta manera nació la fama, la casi celebridad que ha conseguido entre nosotros un escritor español desterrado del Paraguay por el inmenso delito de defender las ideas emancipadoras de la Humanidad. Vino hacia aquí enfermo de cuerpo y alma; de cuerpo por una dolencia gravísima que abatió su organismo, y del alma por la ingratitud y la maldad de los hombres. Pero él no traía quejas, ni odios, ni rencores; no amaba sus verdugos como los cristianos, pero tampoco los odiaba: los justificaba. La sociedad actual necesita verdugos, y soldados y cañones, ¡y el hombre no se avergüenza de haber adelantado tan poco!

Venía pues enfermo de cuerpo y alma y aquí, entre nosotros, encontró el aire puro del río que consoló sus pulmones y unas bellas manos amigas que le hicieron olvidar algo sus penas. Y entonces él, agradecido, nos pagó con creces nuestros humildes obsequios y comenzó á deslumbrarnos con la hormiga de oro de su prosa que resplandecía en el blanco papel como una radiante pro-

clama esculpida con rayos de sol. Comenzó á fustigar, á criticar amablemente en la forma, pero guardando allá en el fondo todo un abismo de amarguras, de donde salían las verdades. Nos decía las cosas, calmosa y reposadamente, como una rueda que con mucha lentitud nos fuera destrozando las carnes. ¡Ah! fué cruel. También, cruel inexorablemente, cruel como el que no perdona, como el que no se entenece: fué cruel como la verdad.

Y de ese modo fué su fama, formada serenamente, sin anuncio, sin reclame, sin que la halagadora trompeta de la crítica gastara una sola de sus notas. Se impuso sólo y nada más que por su valer, no necesitando de las audacias quijotescas de aquel graciosísimo Monsieur Perrichón que resultó tan sagaz y tan irónico que el público acabó por reirse á carcajadas de... él.

Rafael Barret se impuso pues en nuestro ambiente y con mucha justicia. Rodeados como estamos de emborriona papeles, es justo que nos alegramos al encontrar un mirlo blanco; ¡lo que sí que el mirlo estaba enfermo! Estaba muy enfermo, y por eso tuvo que dejarnos de nuevo, no desterrado como odiosamente vino, sino con todos los honores del vencedor que se ha hecho amar, que es lo que no saben hacer todos los vencedores.

Un día luminoso de nuestro Otoño, no hace mucho todavía, tomó el vapor, rumbo al norte, á buscar más salud bajo el sol ardiente del trópico y á aspirar toda su melancolía y su nostalgia bajo el perfume embriagador de los naranjos.

Pero no nos ha olvidado por completo. La sección «Moralidades actuales», sigue publicándose todavía, y todavía nos dirige á nosotros colaboraciones que estimamos tanto como estimaban los antiguos españoles, los galeones que venían de América cargados de oro y plata.

Aún sigue haciéndose admirar y querer y deseamos que sea por mucho tiempo, hasta que de nuevo sano y vigoroso, podamos estrecharle entre nuestros brazos, aquí, en esta tierra que ha sido tan generosa como es bella.

ALBERTO LASPLACES.



Rafael Barret